

## UNA ARTICULACIÓN POSIBLE: EL HORROR Y LA MIRADA, EL DOLOR Y LA VOZ

### A POSSIBLE CONNECTION: HORROR AND THE LOOK, PAIN AND THE VOICE

#### RESUMEN

El presente artículo, a partir de la obra de Sigmund Freud y Jacques Lacan, tiene por objetivo delimitar el objeto mirada en el horror y el objeto voz en el dolor. A partir de Freud, abordaremos el horror desde su enlace con la angustia, el síntoma y lo ominoso (siniestro). Tal recorrido nos conducirá a lo inefable de la mirada, objeto destacado por Lacan. Con relación al dolor, trabajaremos desde Freud: 1) lo propio de la melancolía; 2) el dolor como uno de los momentos constitutivos del yo (vivencia de dolor); 3) el dolor como la genuina reacción frente a la pérdida del objeto; 4) el dolor como pseudo pulsión; y, por último, 5) el dolor en el campo de *Das Ding*: la cosa freudiana. Tal recorrido nos conducirá al grito en tanto fiel representante del dolor. Estructura ésta que, para Lacan, denuncia que el grito sostiene el silencio, y que lo sostiene en la medida en que es voz. En este sentido, el horror revela la condición de objeto de la mirada; mientras que el dolor revela la estructura de objeto de la voz. Ambas dimensiones, fundamentales a la clínica psicoanalítica.

**Palabras-clave:** Horror – Dolor – Voz – Mirada

#### ABSTRACT

The aim of the present article, based on the works of Sigmund Freud and Jacques Lacan, is to delimit the object *look* in horror and the object *voice* in pain. With Freud as our starting point, we will approach horror from its link to anguish, the symptom and the ominous (sinister). Such a path will lead us to the ineffable in the look\_\_ an object emphasized by Lacan. Regarding pain, we will work

on the basis of Freud's writings: 1) what is inherent in melancholy; 2) pain as one of the moments constituting the "I" (experience of pain); 3) pain as the genuine reaction to the loss of the object; 4) pain as pseudo drive, and finally, 5) pain in the field of *Das Ding*, the Freudian thing. This path will take us to the scream as faithful representative of pain. Such a structure, according to Lacan, denounces that the scream supports silence, and that it does so inasmuch as it is voice. In that sense, horror discloses the look's condition as object; whereas pain discloses the voice's object structure. Both dimensions, essential to the psychoanalytic clinic.

**Key words:** Horror – Pain – Voice – Look

## I. EL HORROR Y LA MIRADA, EL DOLOR Y LA VOZ

El sujeto para el psicoanálisis lacaniano es efecto de lenguaje, siendo la palabra el enlace con el Otro. El horror y el dolor son formas privilegiadas de encuentro con lo absoluto, con las primeras marcas, que se actualizan a cada tropiezo de la vida: la muerte de un ente querido, el horror de una catástrofe, es decir, la insignificancia propia de la vida. Ambos muestran que somos constituidos de palabra siendo su consistencia un obsequio del Otro, es decir, del afuera que nos constituye en tanto seres hablantes. El horror y el dolor habitan lo innombrable, pero sus puestas en escena no siempre son iguales. Mientras el horror encuentra en la mirada su expresión más fiel, el dolor desliza por los desfiladeros del objeto voz. Avanzaremos en estos conceptos

### I.I. EL HORROR

#### I.I.I. Una inspiración

*PSICOLGÍA DE UN VENCIDO, por Augusto dos Anjos.*

*Yo, hijo del carbono y del amoníaco,  
Monstruo de oscuridad y rutilancia,  
Sufro, desde la epigénesis de la infancia,*

*la mala influencia de los signos del zodiaco.  
Profundísimamente hipocondríaco,  
Este ambiente me causa repugnancia...  
Sube a mi boca un ansia como el ansia  
Que escapa de la boca de un cardíaco.  
Ya el gusano – ese obrero de las ruinas –  
Que la sangre podrida de las matanzas  
Come, y a la vida en general declara guerra,  
Va acechando mis ojos por roerlos,  
Y ha de dejarme sólo los cabellos,  
¡En la frialdad inorgánica de la tierra!*

Augusto Dos Anjos (1884-1914), poeta brasileño que con solamente una obra conquistó lugar de destaque en la literatura nacional, siendo uno de los poetas más leídos de la actualidad. El “poeta del horror” publicó un único libro, titulado *Eu* (Yo) en 1912. Luego de su muerte, en 1914, su amigo Órris Soares juntó algunos poemas dispersos y dio a conocer en 1920 el libro de poesía más reeditado de la literatura brasileña: *Eu e Outras Poesias*. Con una estética insólita, su lenguaje innovó al incluir en la poesía nociones biofisiológicas y teorías científicas que él tomaba sobre todo de la obra *Los enigmas del Universo* (1899) del biólogo y filósofo alemán Ernst Haeckel (1834-1919).

El poeta duda de la existencia de un Dios trascendente, acercándose a la noción de Spinoza: dios es, él mismo, todo lo que existe. A partir de este Dios silencioso, incapaz de trascenderse, y de los descubrimientos de la naturaleza química de la vida, el poeta recrea cuerpos que se descomponen, ciudades –principalmente Recife y Río de Janeiro- consumidas por la peste, los virus, un universo siempre sujeto a la degradación de la materia. La vida es un enigma frente al silencio de Dios: “¿Qué poder embriológico fatal/ Destruyó, con la sinergia de un gigante, / En tu morfogénesis de infante, / Mi morfogénesis ancestral?”, pregunta el poeta a su hijo nacido muerto en 1911.

## **I.I.II. El horror en Freud y la lectura lacaniana**

Para Freud, el horror es intrínseco a la estructura psíquica del sujeto. Sus distintas facetas:

- 1) Colorean al síntoma, en tanto “*horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él [sujeto] mismo*” (Freud, 1909:133);
- 2) Se entranan con la angustia, en la medida que ésta es señal: “el hombre se protege del horror mediante la angustia” (Freud, 1916-17:360);
- 3) Revelan lo más íntimo -interior radicalmente desconocido- lo ominoso (siniestro) como perteneciente al orden de lo terrorífico, como “lo que excita angustia y horror” (Freud, 1919:219);
- 4) Y, finalmente, se conjugan con los ejes de la castración y de la interdicción al incesto: el horror propio a la castración y a la muerte (cabeza de medusa) imprimen la trágica existencia del ser hablante. Lacan se mostrará particularmente sensible al campo del horror, especialmente al lugar que Freud le confiere a la mirada. Desde allí avanzará en la definición del objeto mirada, reducida a una función puntiforme y evanescente.

### **I.II.III. Angustia y horror**

El concepto de “angustia señal” (Freud, 1925-26) tomará como base los momentos tempranos de la estructuración psíquica del sujeto. Freud dirá que el hombre, a diferencia de la mayoría de los animales, “es dado a luz más inacabado que estos (...) Así, este factor biológico produce las primeras situaciones de peligro y crea la necesidad de ser amado, de que el hombre no se libraré más” (Freud, 1925-26:145).

El autor, al analizar diferentes situaciones de peligro, ya había sugerido que “el hombre se protege del horror mediante la angustia” (Freud, 1916-17: 360). Más adelante, afirmará que “la angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa; es angustia ante algo” (Freud, 1926:154). Tal incógnita (carácter de indeterminación y ausencia de objeto), que habita el campo pulsional, adquiere, en términos dinámicos, el estatuto de señal que denuncia la ausencia del objeto de amor. La ausencia de la madre figura el primer gran peligro ante el cual la angustia se despliega, incluso antes que la situación económica temida se haya producido, lo que “simultáneamente encierra el

pasaje de la neo producción involuntaria y automática de la angustia a su reproducción deliberada como señal del peligro” (Freud, 1926:130). Freud va a plantear que “en ambos aspectos, como fenómeno automático y como señal de socorro, la angustia demuestra ser producto del desvalimiento psíquico del lactante, que es el obvio correspondiente de su desvalimiento biológico” (Freud, 1926:130).

Siguiendo tal desarrollo, la angustia señal figura como lo que anuncia, indica los momentos claves de la estructuración psíquica, previniendo al sujeto del encuentro con el exceso y lo absoluto. Freud plantea que la angustia señal cumple una función de alerta ante la inminencia del deseo inconsciente, lo incestuoso y la intrusión del orden pulsional (Freud, 1932). El peligro, allí enmarcado, “es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada. La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro” (Freud, 1926: 156). La angustia está en relación a una situación de peligro, donde se anuncia algo del orden del desvalimiento, en la incógnita de su forma.

El horror al incesto asume acá toda su importancia estructural. En *Tótem y Tabú* (1913 [1912-13]), Freud se pregunta por la génesis del proceso civilizatorio. El Tabú del Incesto y sus consecuencias prácticas, la exogamia, son puntuados como los ejes de sustentación de la civilización. Así figuran: 1) no matar al padre, y 2) no mantener relaciones sexuales con las mujeres pertenecientes a él.

Freud, valiéndose de la filología, afirma que en el polinesio, el término tabú reúne dos ejes: por un lado, sagrado, santificado; y, por otro, ominoso, peligroso, prohibido, impuro. Lo opuesto al tabú se llama en lengua polinesia *noa*, que significa: lo ordinario, lo acostumbrado, lo que es accesible a todos. Por lo tanto, el concepto de tabú entraña una idea de reserva, y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Freud plantea que “nuestra expresión

compuesta «temor sagrado» equivaldría en muchos casos al sentido del tabú” (Freud, 1912:27).

Pero, el autor aclara:

“Las restricciones de tabú son algo diverso de las prohibiciones religiosas o morales. No se las reconduce al mandato de un dios, sino que en verdad prohíben desde ellas mismas. Y de las prohibiciones morales las separa su no inserción en un sistema que declarase necesarias en términos universales unas abstenciones, y además proporcionara los fundamentos de esa necesidad. Las prohibiciones de tabú carecen de toda fundamentación; son de origen desconocido; incomprensibles para nosotros, parecen cosa natural a todos aquellos que están bajo su imperio” (Freud, 1912: 27).

El tabú, para Freud, es el código de leyes más antiguo del animal hombre, más antiguo que los propios dioses, que remonta a un periodo anterior a la existencia de cualquier tipo de religión. El tabú es, por lo tanto, aquello que establece la interdicción, que, a su vez, se fundamenta en la creencia del estado de impureza de aquél que la viola. En este sentido, el horror al incesto no figura como algo natural, pues no tiene sentido que la ley prohíba lo que la naturaleza ya impide y pune.

La génesis del tabú, para el autor, se relaciona al sistema totémico. El tótem es el representante del tabú. Es él que da protección e identidad al clan, y su fundamento está en la prohibición de las relaciones sexuales entre las personas de mismo tótem. La hipótesis freudiana del tótem como representante del padre primordial, tiene el sostén en el origen de la horda primitiva de Charles Darwin y la ceremonia de comida totémica de la religión de los semitas de William Smith. La horda primitiva es el modelo de las relaciones endogámicas y la ceremonia de comida totémica, donde el tótem es sacrificado y devorado por su clan, es el momento donde los integrantes del clan adquieren la fuerza del tótem: refuerzan su identificación a él y entre ellos mismos. Teniendo en cuenta este recorrido, donde se evidencia el valor de fundamento del tabú por intermedio del tótem, el horror al incesto figura como el horror a la muerte mista, al temblar de la civilización, desde donde se nos confiere un lugar. La dimensión del “sin lugar”, del encuentro con el exceso y el absoluto

hacen del horror al incesto su expresión más fiel. Todo lo que a él se remita despertará culpa y horror.

#### **I.II.IV. Lo ominoso y el horror: el síntoma**

Tomando como eje la indicación freudiana del ominoso (siniestro) como perteneciente al orden de lo terrorífico, o mejor dicho, como “lo que excita angustia y horror” (Freud, 1919:219), nos interrogamos sobre el particular lugar de este elemento en la trama del horror que nos concierne.

Freud analiza el término ominoso desvelando en él una aparente contradicción. Por un lado, la referencia a lo extraño, a lo extranjero; y, por otro, lo que no es para nada extraño, figura lo íntimo, lo más cercano y familiar al propio sujeto. ¿Cómo dar lugar a esta aparente contradicción? Freud, en el texto *Lo Inconsciente* (1915), plantea que en el inconsciente no existe contradicción. Cuando Lacan define la noción de significante, sostiene su necesaria oposición. La lógica del adentro y del afuera, desde esta perspectiva, no es excluyente, pone en continuidad la contradicción y revela en ella la condición misma del ser hablante: él que desconoce su verdad.

Lo ominoso pone en escena el desconocimiento de sí mismo. Elemento que se articula al síntoma, en tanto “*horror ante su placer, ignorado {unbekennen} por él [sujeto] mismo*” (Freud, 1909:133). La dimensión del “saber no sabido”, sobre el cual opera el dispositivo analítico, adquiere acá toda su importancia. El horror es parte de este necesario desconocimiento del ser hablante de sí mismo. Este interior, radicalmente exterior, denuncia, de modo decisivo en la obra de Freud, que el afuera habita las entrañas psíquicas del sujeto.

En el texto *Lo ominoso* (1919), no hay como abordar la dimensión de lo siniestro en su carácter de horror sin remitirse a la mirada y a los ojos. El cuento *El Hombre de la Arena* (1815) - escrito, según Lacan, por el “*maestro inigualado de lo ominoso*”, Hoffmann (1776-1822)- a partir de la lectura que hace Freud, pone en escena la mirada en su más pura materialidad. Según Freud, el

mito o leyenda del arenero que se lleva los ojos de los niños que se portan mal no es más que un temor al fenómeno de la castración. Freud sitúa lo ominoso, en primer lugar, en relación al miedo a ser despojado de los ojos, y, en segundo lugar, en relación a la figura de Olimpia (la muñeca viva), sus ojos “parecían singularmente fijos y como muertos”. En la misma línea habla de expresiones como “la niña de mis ojos” tan comunes en lo cotidiano, y que confirman también que este miedo no es más que un sustitutivo de la angustia de castración. El autor nos propone, como ejemplo, Edipo con su particular forma de castración, a saber, arrancándose los ojos. En este sentido, alude a que el ojo se encuentra asociado al miembro masculino en algunos contenidos oníricos, en fantasías o en mitos, y a que la amenaza de pérdida del miembro masculino introduce un sentimiento intenso y oscuro que presta su eco a la representación de perder otros órganos. El cierre se da cuando Freud relaciona la angustia a ser despojado de los ojos con la muerte del padre.

Sin ahondar en el cuento, subrayamos que Freud parece articular el horror al campo de la mirada, de lo visto, del ojo. Según el autor, por ejemplo, la Cabeza de Medusa es el símbolo del horror en la mitología griega y en sus paralelos en otras mitologías (Freud, 1940 [1922]). Freud va a plantear la horripilante cabeza decapitada de medusa como metáfora de la castración. “Decapitar=castrar. El terror a la Medusa es entonces un terror a la castración, terror asociado a una visión. Por innumerables análisis conocemos su ocasión: se presenta cuando el muchacho que hasta entonces no había creído en la amenaza ve un genital femenino. Probablemente el de una mujer adulta, rodeado por vello, en el fondo, el de la madre” (Freud, 1940 [1922]:270).

Según Freud, la forma como el arte presenta a los cabellos de la Cabeza de Medusa, es decir, como serpientes, también proviene del Complejo de Castración. El autor plantea que “por terrorífico que sea su efecto en sí mismas, en verdad contribuyen a mitigar el horror, pues sustituyen al pene, cuya falta es la causa del horror. Aquí se corrobora una regla técnica: la multiplicación de los símbolos del pene significa castración” (Freud, 1940 [1922]:270). En este sentido, la Cabeza de

Medusa en tanto metáfora del Complejo de Castración presenta, entre otras cosas, el parentesco originario entre el deseo y la angustia, es decir, entre la ausencia imaginaria del falo (o lo real del pene) y su proliferación en lo simbólico. Según Lacan, en el *Seminario 11- Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), “en la medida que la mirada en tanto *objeto a*, pueda llegar a simbolizar la falta central expresada en el fenómeno de la castración, y en que, por su índole propia, es un *objeto a* reducido a una función puntiforme, evanescente, deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia” (Lacan, 1964:84).

Entonces, es la visión de la Cabeza de Medusa que petrifica de horror, transforma en piedra a quien la mira. Según Freud, este particular lugar de la mirada, en el campo de lo visto, remite al Complejo de Castración y el cambio de afecto que allí se produce. “El petrificarse significa la erección, y en la situación originaria es, por tanto, el consuelo del que mira. Es que él posee, no obstante, un pene, y se lo asegura por su petrificación” (Freud, 1922). Lacan plantea, en el *Seminario 05 – Las formaciones del Inconsciente* (1958), que la visión de la Cabeza de Medusa desvela algo que no mostrará más que nada, es decir, se trata del horror que representa a la ausencia revelada como tal.

En la Clase 09, del *Seminario 26 – La Topología y el Tiempo* (1979), Alain Didier-Weil es invitado por Lacan y habla sobre el superyó medusante, planteándolo en términos de “Ni una palabra...”. El autor subraya el desvanecimiento del sujeto en la expresión extrema de horror. El superyó medusante, “me parece que se lo podrá señalar como siendo lo que está activo en el universo de algunos psicóticos, es decir un universo en el cual el sujeto está literalmente medusado, es decir bajo la mirada de esa medusa que es su Otro; les recuerdo que bajo la mirada de la medusa un sujeto es petrificado, es decir que para toda la eternidad -ya no hay más tiempo, no hay diacronía- para toda la eternidad es coagulado, pierde la disposición del movimiento del lenguaje (langagier) o del movimiento corporal” (Didier-Weil, 1979). En este sentido, la mirada de la medusa,

esa mirada que sería el superyó más feroz, el más arcaico que hay, que no da la posibilidad de una palabra, presenta la mirada del Otro del siguiente modo: "Sé todo de ti, no tienes nada que decir, porque mi mirada funciona como ese saber absoluto", el sujeto no está ya en la dimensión de una suposición cualquiera en su relación al Otro.

## I.II. EL DOLOR

### I.II.I. Una inspiración

*El DOLOR, por Alfonsina Storni.*

*Quisiera esta tarde divina de octubre  
Pasear por la orilla lejana del mar;  
Que la arena de oro, y las aguas verdes,  
Y los cielos puros me vieran pasar.*

*Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,  
Como una romana, para concordar  
Con las grandes olas, y las rocas muertas  
Y las anchas playas que ciñen el mar.*

*Con el paso lento, y los ojos fríos  
Y la boca muda, dejarme llevar;  
Ver cómo se rompen las olas azules  
Contra los granitos y no parpadear*

*Ver cómo las aves rapaces se comen  
Los peces pequeños y no despertar;  
Pensar que pudieran las frágiles barcas  
Hundirse en las aguas y no suspirar;*

*Ver que se adelanta, la garganta al aire,  
El hombre más bello; no desear amar...  
Perder la mirada, distraídamente,  
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;*

*Y, figura erguida, entre cielo y playa,  
Sentirme el olvido perenne del mar<sup>i</sup>.*

Inspirada en este hermoso poema de Alfonsina Storni, poeta que nació en Capriasca, Suiza, en 1892, pero desde los cuatro años fue llevada a Argentina, país que la acogió con su nacionalidad, viniendo a fallecer en Mar del Plata, en 1938, interrogo: ¿Qué es el dolor?

### **I.II.II. El dolor en Freud y la lectura lacaniana**

El dolor es parte de la existencia humana. Circunscrito a este campo conlleva particularidades que deben ser investigadas y desarrolladas. Freud es uno de los que se dedican a investigar el estatuto del dolor en el hombre. Teniendo la clínica como base, interroga y se deja interrogar por el dolor físico y psíquico de sus pacientes. No pretendemos agotar este amplio campo de investigación y desarrollo, ni siquiera en Freud, apenas acotar cierto campo de hipótesis y desarrollos posibles sobre el tema del dolor en Freud, teniendo como base los aportes lacanianos. A partir de la exégesis de los principales textos accederemos a la complejidad propia al tema investigado. Desde el *Manuscrito G – Melancolía* (1895) y *Duelo y Melancolía* (1915) definiremos el dolor propio de la Melancolía, diferenciándolo del duelo y de lo que se tramita a nivel de la falta. A partir del *Proyecto de Psicología* (1950 [1895]) delimitaremos ejes que se conectan con el *Más allá del principio de placer* (1920) e *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). Desde esta perspectiva, abordaremos el dolor como uno de los momentos constitutivos del yo (sujeto): la vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor. El dolor como la genuina reacción frente a la pérdida del objeto. El dolor como pseudo pulsión en la medida en que es el más imperioso de los procesos, la presencia más imperativa del cuerpo. Ubicaremos en el “supuesto extraño” que irrumpe en el sistema un intruso necesario en la medida en que da lugar a lo “no ligado”. El dolor planteado en estos términos se articula a *Das Ding*: la cosa freudiana. En este punto, el dolor encuentra en el grito su más fiel representante. Con relación al enlace entre dolor y grito abordaremos las referencias freudianas y buscaremos en Lacan un modo de leerlas desde el *Das Ding*.

Desde Freud se evidencian varios momentos: 1) el grito como exutorio del dolor; 2) el grito que engendra una acción específica en la descarga del dolor; 3) el grito como efecto del dolor; 4) el grito como causa del dolor; 5) el grito como “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados; 6) el grito que encarna el dolor, un dolor que no se siente, un grito que no se oye. El grito que, además de la función de descarga, se presta al “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados se articula al advenir del superyó: pues, para Freud, el desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales. Igualmente, el desvalimiento del ser humano nos lleva a interrogar el estatuto del “entendimiento” propuesto por Freud y reconocer en él lo que en verdad opera y que es del orden de la suposición. Con relación al grito que no se oye, nuestra principal referencia lacaniana es el *Seminario XII – Problemas cruciales para el psicoanálisis (1965)*, donde Lacan toma como elemento de su enseñanza sobre el dolor y el grito la obra *El grito* de E. Munch. De acuerdo a esta perspectiva, el dolor encarnado en el grito no es sin el lenguaje, pues justamente es efecto de éste. Es en el abismo del grito que se precipita el silencio, es decir, el grito sostiene el silencio, no lo contrario. Lo sostiene en la medida en que es voz. El grito, en tanto dolor y silencio, pasa a ser la expresión más fiel del objeto voz, él que tanto conmueve la experiencia analítica. El dolor, para Freud, asume distintas presencias y consistencias a lo largo de la existencia del ser hablante. Freud, al dejarse interrogar por el dolor de sus pacientes, interroga al cuerpo del doliente construyendo palabras ahí donde necesariamente el cuerpo silencia.

### **I.II.III Dolor y melancolía en Freud**

En el *Apartado VI del Manuscrito G (1895)*, Freud plantea la melancolía en términos de “*Inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello*” (Freud, 1895:244). El autor ubica en la melancolía una suerte de recogimiento dentro de lo psíquico, que tiene un efecto de succión sobre las magnitudes contiguas de excitación. El dolor proviene de la soltura de estas

asociaciones. “[...] Como inhibición, este recogimiento tiene el mismo efecto de una herida, análogamente al dolor. [...] en la melancolía el agujero esta en lo psíquico” (Freud, 1895:246; 247). El autor retoma tal desarrollo en *Duelo y Melancolía* (1915) al afirmar que “El complejo melancólico se comporta como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura (que en las neurosis de transferencia hemos llamado “contrainvestidura”) y vacía al yo hasta el empobrecimiento total [...]” (Freud, 1915:250).

La melancolía planteada en términos de una herida abierta que encarna el dolor en un agujero en lo psíquico se diferencia del duelo, pues mientras en éste la pérdida se da a nivel del objeto en la melancolía atañe a la estructura del yo. Por la herida abierta se dispersa la libido, se vacía al yo. Se evidencia ahí una suerte de acercamiento por oposición entre la melancolía, donde se vacía al yo, y las neurosis narcisistas, donde se infla al yo. En definitiva, en ambos casos, la libido deja de circular, no vistiendo más al cuerpo del sujeto. En el caso de la melancolía no opera la identificación que conserva un rasgo parcial del objeto, se cadaveriza al yo bajo la sombra del objeto perdido. El yo queda reducido a un puro desecho, deslibidinizado. Entonces, lo que particulariza la melancolía es justamente la imposibilidad del duelo de la pérdida, operatoria que supone necesariamente la inscripción de la falta. Más adelante, Freud va a plantear que la pérdida del objeto es particularmente doliente. Lo que nos lleva a proponer que en el caso de la melancolía la pérdida que no logró inscribirse en tanto falta adviene dolor, se encarna en la herida abierta que a todo succiona, una suerte de agujero negro.

#### **I.II.IV. De la “vivencia de dolor” al “más allá del principio del placer”**

En el *Proyecto de Psicología* (1950 [1895]), luego de definir, en el *Apartado 5- El problema de la cantidad*, la arquitectura del sistema nervioso en términos de apartamiento, es decir, descarga de la cantidad de energía ( $Q_n^{iii}$ ) de las neuronas, el dolor pasa a ser él que rompe con el dispositivo

de protección de tal sistema. En el *Apartado 6- El dolor*, Freud escribe: “El sistema de neuronas tiene la más decidida inclinación a *huir del dolor*. Discernimos en ello la exteriorización de la tendencia primaria dirigida contra la elevación de la tensión  $Q_n$ , e inferimos que el dolor consiste en *la irrupción de grandes  $Q^v$  hacia  $\Psi^v$* ” (Freud, 1895:351). El dolor en tanto irrupción de grandes cantidades, pone en movimiento tanto el sistema  $\varphi$  (*sistema de neuronas pasaderas*) como al  $\Psi$  (*sistema de neuronas impasaderas*), pues para él no hay impedimento de conducción, “[...] es el más imperioso de todos los procesos” (Freud, 1895:351).

El dolor en Freud también toma la consistencia de una de las vivencias constitutivas del campo de lo humano: tenemos la vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor. Del lado de la vivencia de satisfacción, se inaugura el deseo en el acto mismo de la pérdida que allí se instituye -lo que no ocurre sin el dolor- cuyo resto es *el afecto*. Según Freud (1905), el dolor produce en  $\Psi^v$ : “1) un gran acrecentamiento de nivel que es sentido como *displacer* por  $\omega$  (*sistema de neuronas de percepción*); 2) una inclinación de descarga, que puede ser modificada según ciertas direcciones, y 3) una facilitación entre esta y una imagen-recuerdo del objeto excitador de dolor. Además, es indiscutible que el dolor posee una *cualidad* particular, que se hace reconocer junto al *displacer*” (Freud, 1895:364; 365). Entonces, se define que dolor y *displacer* son solidarios entre sí y acceden al campo de la memoria (imagen-recuerdo).

Freud sigue diciendo que “un apuntalamiento para este supuesto extraño, pero indispensable, lo proporciona la conducta del desprendimiento sexual” (Freud, 1895:366). No sin efectos, según nuestra lectura, es el término que el autor utiliza para nombrar la experiencia de dolor: a saber, “este supuesto extraño”. Tal término nos remite al carácter de intruso de lo más familiar, es decir, nos conecta al siniestro, que a su vez nos conduce al campo de lo traumático, del horror, de lo real, es decir, de lo que excede al sistema. Siguiendo a Freud, esto que excede, que asume carácter de “supuesto extraño”, es indispensable al propio sistema, por eso lo plantea en

términos constitutivos del campo de lo humano. Al ser indispensable, inaugura una suerte de agujero en este sistema, dando lugar a lo que no se reconoce como propio.

En *Más allá del principio de placer (1920)*, Freud propone:

“Llamemos *traumáticas* a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía *{Betrieb}* energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedara abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación” (Freud, 1920:29).

Lo traumático, según Freud, está en relación a una energía libre que penetra violentamente en el aparato, el principio de placer ya no es el único que ahí responde. El más allá del principio de placer da lugar al “no ligado”, es decir, a este resto constitutivo, energía que siempre retorna.

Freud, en el mismo texto, sigue y plantea: “Es probable que el displacer específico del dolor corporal se deba a que la protección antiestímulo fue perforada en un área circunscrita [...]” (Freud, 1920:30). Lo que lleva a concentrar en el entorno del punto de intrusión una investidura energética que resista, mismo que al precio de una extensa parálisis o rebajamiento de cualquier otra operación psíquica. Entonces, el displacer específico del dolor corporal se circunscribe en un punto determinado de intrusión, desde donde el órgano responde por el todo. Así “Dice Wilhelm Busch, acerca del poeta con dolor de muelas: «En la estrecha cavidad de su muela se recluye su alma toda»” (Freud, 1914:79). El dolor pone en escena el cuerpo de una forma muy particular.

En el *Apartado C – Angustia, dolor y duelo, del texto Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])*, Freud trabaja la angustia, el duelo y el dolor en relación a la pérdida del objeto y se dedica a

diferencialos. Nombra en el duelo un rasgo que quedó incomprendible: su carácter particularmente doliente. Y declara ser evidente que la separación del objeto deba ser dolorosa. A partir de la angustia del lactante frente a la pérdida del objeto y de la particular función del *fort-da* en la inscripción de esta pérdida, Freud plantea que:

“La situación en que echa de menos a la madre es para él, a consecuencia de su malentendido (desaparición), no una situación de peligro, sino traumática (añoranza – reacción de dolor) o, mejor dicho, es una situación traumática cuando registra en ese momento una necesidad que la madre debe satisfacer; se muda en situación de peligro cuando esa necesidad no es actual. La primera condición de angustia que el yo mismo introduce es, por lo tanto, la de la pérdida de percepción, que se equipara a la de la pérdida del objeto. Todavía no cuenta una pérdida del amor. Más tarde la experiencia enseña que el objeto permanece presente, pero puede ponerse malo para el niño, y entonces la pérdida de amor por parte del objeto se convierte en un nuevo peligro y nueva condición de angustia más permanentes” (Freud, 1926:159). De allí concluye el autor: “El dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto; la angustia lo es frente al peligro que esa pérdida conlleva, y en ulterior desplazamiento, al peligro de la pérdida misma del objeto” (Freud, 1926:159).

Entonces, en el *Proyecto* el dolor es la cantidad (Q) que irrumpe en el sistema rompiendo con cualquier impedimento. Ya en la reproducción de la vivencia de dolor –en *el afecto*- solo sobreviene la Q que inviste al recuerdo, siendo que por la “[...] investidura de recuerdos es desprendido {desligado} displacer desde el interior del cuerpo” (Freud, 1895: 365; 366). En este sentido, dolor y vivencia de dolor son dos presencias distintas de esto que irrumpe en el sistema. Más adelante el autor va decir que “un apuntalamiento para este supuesto extraño (el dolor), pero indispensable, lo proporciona la conducta del desprendimiento sexual” (Freud, 1895:365). Y, en *Más allá del principio de placer (1020)* el autor define lo traumático como energía libre que penetra violentamente en el aparato. Lo traumático da lugar a lo no ligado y se conecta con el dolor en términos de “supuesto extraño”, aparente intruso que llamativamente cumple función constitutiva. Cuando se refiere al dolor corporal, plantea que éste es efecto de la perforación de la protección

antiestímulo en un área circunscrita, es decir, en este caso el órgano responde por el todo del ser. Y, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]), el dolor es la genuina reacción frente a la pérdida del objeto, siendo que la angustia lo es frente al peligro que esta pérdida conlleva. Para Freud la pérdida del objeto está íntimamente relacionada a la percepción, y de eso trataremos a seguir.

#### **I.II.V. Dolor, grito, silencio, voz**

En el Proyecto, Freud se refiere al grito, inicialmente, como un exutorio de dolor, es decir, una descarga motriz donde se disipa el aumento intolerable de las excitaciones. A lo largo del desarrollo lo que era en sí mismo una descarga motora engendra una acción específica, ahora responsable por descargar la excitación. También en un primer momento, el grito es una emanación del dolor, pero en la medida que adviene memoria, es decir, se inscribe, puede operar como agente de dolor. Pero, hay algo que particularmente nos interesa. En el Proyecto, Freud plantea que: “[...] Esta vía de descarga [el grito] cobra así la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento [...] y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (Freud, 1895: 362; 363). Entonces, el grito que es descarga, también se presta, secundariamente, al “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados. El desvalimiento del ser humano es del orden de la impotencia. El grito encarna esta impotencia y al ser emitido queda en suspenso. Desde el lugar de conmoción la madre interviene sin saber lo que allí se materializa, apenas supone un sujeto al grito. La “madre”, conmovida por el grito, emite una palabra que al lactante le llega de forma imperativa. Es en este mismo instante, envuelto por este carácter imperativo, que se funda el superyó en tanto conjuga, en su origen acústico, la impotencia y el grito que la encarna.

Con relación a lo que recién nombramos como el “entendimiento” entre el lactante y el otro de los primeros cuidados, cabe aclarar que en realidad nada se comunica, todo se supone. Si bien

imprimimos acá un forzamiento al texto freudiano lo consideramos necesario para leer en el grito y el dolor que en él se encarna un llamado al Otro desde el lugar de *Das Ding*: la cosa freudiana. Llamado éste que en tanto grito engendra el silencio y un dolor que no se expresa. Cuando Freud desarrolla en el *Proyecto* la noción de “complejo perceptivo del semejante”, algo de *Das Ding* se da a conocer en este otro que también es inconstante y desconocido. Lacan, en el *Seminario XII – Problemas Cruciales al Psicoanálisis (1965)* recuerda: “En alguna parte en Freud, está la percepción del carácter primordial de ese agujero del grito. Es a ese nivel que él lo articula y que aparece el *Nebenmensch* (semejante). En ese agujero infranqueable, marcado en el interior de nosotros mismos y al cual no podemos más que aproximarnos apenas” (Lacan, 1965:94). En este mismo seminario Lacan se propone trabajar el silencio por intermedio de una reproducción de la obra *El grito* de E. Munch, frente a la cual se pregunta:

“¿Qué es ese grito? ¿Quién escuchará ese grito que nosotros no escuchamos, sino el que impone ese reino del silencio, ese que él escucha subir y bajar en este espacio a la vez centrado y abierto? [...] el silencio no es el fondo del grito, no hay una relación de gestalt. El grito parece provocar el silencio, si anulándolo es sensible que él lo causa, lo hace surgir. Le permite tener la nota, es el grito quien lo sostiene y no el silencio. [...] Cuando vemos la imagen de Munch, el grito está atravesado por el espacio del silencio sin que él lo habite. No están ligados ni por ser conjuntos, ni por sucederse. El grito hace el abismo donde el silencio se precipita” (Lacan, 1965:93).

Lo que Lacan remarca en el grito es lo propio de la voz, lo que la distingue de toda cosa modulante en la medida en que es un objeto. La voz como objeto se impone desde la falta, el grito irrumpe y en él se precipita el silencio. “La presencia del silencio no implica que no haya uno que hable. Es allí que el silencio toma eminentemente su cualidad [...]” (Lacan, 1965:94). Como bien nos señala Lacan, el silencio que se precipita en el abismo del grito habita él que habla. En este sentido, el grito da lugar a la demanda, donde en cierta medida precipita el silencio en el “no es eso”, es decir, “[...] *te pido -¿Qué?- rechazar -¿Qué?- lo que te ofrezco -¿Por qué?- porque no es eso – eso,*

saben qué es: es el objeto a” (Lacan, 1973:152). En definitiva, el dispositivo analítico opera desde el silencio que irrumpe en los dichos. Silencio que se precipita en el abismo del grito que encarna el dolor, lo más auténtico de la voz, lo que remite a lo propio de cada ser hablante: el “dolor de existir”.

### **I.III. REFLEXIONES FINALES**

A partir de lo desarrollado anteriormente sostenemos que el horror, intrínseco a la estructura, asume distintas presencias en la configuración psíquica de cada sujeto. Lo ominoso revela su presencia desde la exterioridad de lo más íntimo. El desconocimiento, “saber no sabido”, sostiene las formaciones del inconsciente, denunciando el constante estar de lo radicalmente exterior. Es, en este sentido, que el horror propio a la castración y a la muerte imprimen la trágica existencia del ser hablante: a saber, él que desconoce su propia verdad. No hay como huir de esta lógica que a todos nos concierne, pues el lenguaje que nos atraviesa es devastador y traumático en sí mismo. El horror al incesto revela la fuerza de estas primeras inscripciones. La dimensión del horror en Freud da a conocer la mirada en su más pura materialidad, la que Lacan opera desde la noción de “objeto mirada”. El encuentro con lo real de la mirada re-vela la particular presencia de este elemento en la constitución psíquica del sujeto: a saber, uno solo alcanza mirar si hay velo o, mejor dicho, marco, de lo contrario es más bien mirado.

Con relación al dolor, a partir del recorte hecho, se evidencia que para Freud el dolor (sea físico o psíquico) es algo construido en relación al otro de los primeros cuidados. No hay dolor si el cuerpo no esté envuelto por la libido, pues de eso se trata lo real del cuerpo. Lo orgánico/biológico solo adviene cuerpo si es sellado por el otro de los primeros cuidados, que opera desdoblándose en las más diversas funciones (la mirada también se incluye en este campo). En este sentido, el cuerpo adviene en el colorido del campo pulsional. El dolor es uno de los modos más imperativos de la

presencia del cuerpo. No hay como huir de él, no hay barrera que lo pare. Justamente por eso es que Freud plantea que el dolor es una pseudo pulsión, pues se acerca al “empuje” de la pulsión en la medida en que es constante e inevitable.

Lo mismo se podría sostener desde Lacan, ubicadas las diferencias con relación al gran Otro. Es decir, para Freud el otro de los primeros cuidados se arma de adentro para afuera, pues todo empieza en el autoerotismo. Ya para Lacan el sujeto es efecto de lenguaje, es decir, se constituye de afuera para adentro: lo que implica que no existiría una anterioridad del sujeto al Otro. Siguiendo esta lógica, en *Radiofonía y Televisión* (1970-73), Lacan afirma que el cuerpo es un obsequio del lenguaje. Si el cuerpo es un obsequio del lenguaje y el dolor una presencia imperativa del cuerpo, el dolor es testigo de esta operatoria. En este sentido, remite, por un lado, a las primeras marcas y, por otro, a la condición misma del ser hablante: a saber, su “dolor de ex-sistir”. El desarrollo lacaniano, que toma en cuenta cierta lectura freudiana del grito, da a conocer de forma más clara el hecho de que el cuerpo se constituye de palabras, que a su vez responden al imperativo del lenguaje. Entendemos que la palabra adviene en la imposibilidad misma de ser dicha. Es decir, lo que queda afuera, lo impronunciable, enmarca los bordes de los dichos. Es en este sentido que el silencio en juego en los dichos remite al grito, en tanto presencia de la voz: “objeto voz”.

A partir de lo expuesto, sostenemos como posible la articulación entre la mirada (uno de los pilares del desarrollo freudiano del campo del horror) y la definición del “objeto mirada” propuesta por Lacan. Del mismo modo, se sostiene la articulación entre el grito como expresión del dolor y la voz en tanto objeto, plateada por Lacan. Teniendo en cuenta que el horror y el dolor son formas privilegiadas de encuentro con lo absoluto, siendo lo innombrable pieza elemental en la escucha del sujeto, entendemos que tales articulaciones revelan lo particular de la clínica psicoanalítica y, en este sentido, contribuyen a dilucidar el campo de intervención.

---

## NOTAS

<sup>i</sup> Dos Anjos, A. (1920). *Eu e Outras Poesias*. Ed. 1. São Paulo: Ática Editora (2005).

<sup>ii</sup> Storni, Alfonsina (1999): *Obras. Poesía*. "Prólogo, investigación y recopilación" de D. Muschietti, T.I. 1ª ed. Losada, Buenos Aires.

<sup>iii</sup> Qn significa "cantidad cuyo orden de magnitud es el intercelular".

<sup>iv</sup> Q significa "cantidad, en general, o aquella que tiene el mismo orden de magnitud que las cantidades del mundo exterior".

<sup>v</sup>  $\Psi$  es el sistema de neuronas impasaderas.

<sup>vi</sup> Idem.

## II. BIBLIOGRAFIA

DOS ANJOS, A. (1920). *Eu e Outras Poesias*. Ed. 1. São Paulo: Ática Editora (2005).

FREUD, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras Completas*. V. I. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1895). Manuscrito G. Melancolia. *Obras Completas*. V. I. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1909). "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", en *Obras Completas*, V. X. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1915). Introducción del narcisismo. *Obras Completas*. V. XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1915). Duelo y Melancolía. *Obras Completas*. V. XIV. Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1917 [1016-17]). Conferencias de introducción al psicoanálisis (continuación): 25ª Conferencia. La angustia. *Obras Completas*, Vol. 16. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1919). Lo ominoso. *Obras Completas*, Vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

---

FREUD, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras Completas*. V. XVIII Amorrortu Editores: Buenos Aires, 2004.

FREUD, S. (1926 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas*, Vol. 20. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1933 [1932]). Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis: 32° Conferencias. Angustia y vida pulsional. *Obras Completas*, Vol. 22. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

FREUD, S. (1940 [1922]). La cabeza de Medusa. *Obras Completas*, Vol. 18. Buenos Aires: Amorrortu Editores (2005).

LACAN, J. (1964). *Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (1965). *Seminario XII – Problemas Cruciales al Psicoanálisis*. Versión inédita. Escuela Freudiana de Buenos Aires.

LACAN, J. (1970-73). *Televisión. Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977.

LACAN, J. (1972-73). *Seminario XX – Aun*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

LACAN, J. (1979). Libro 26: La topología y el tiempo. Edición virtual: TIRESIASa. Archivo. Tiresias. NSF.

STORNI, A. (1999) *Obras. Poesía*. "Prólogo, investigación y recopilación" de D. Muschietti, T.I. 1ª ed. Losada, Buenos Aires.